



Cerato Simple

—¡Abajo la reacción...!!! ¡Mueran los frailes...!!! ¡Viva la República...!!!

—¿Qué es eso, tío Lenteja?; ¿a qué vienen esos gritos?; ¿qué le han hecho a usted los frailes? Vaya usted a su casa a trabajar como los hombres de bien, no sea que de un sablazo le partan la calabaza.

—¿Que me vaya a mi casa? A donde vamos es a sacarles las asaduras a esos bribones que con sus mentiras y cuentos de vieja nos vienen engañando toda la vida y así se han enriquecido adulando a los ricos y chupando la sangre del pobre.

—Pero tío Lenteja ¿cuándo ha visto usted algo de eso?

—No necesito ver nada; si usted leyera los papeles que tenemos en el "Centro Libre" vería usted lo que son esos pillos.

—¡Viva la repúblicaaaa!!! ¡Abajo la reacción...!!!

—Tío Lenteja, no sea usted bruto y cierre usted esa bocacha. Esos periódicos que ustedes leen los escriben unos granujas, calumniadores que odian a los frailes por que con su ejemplo y predicación afean sus maldades, y los embisten a ustedes contra ellos; ustedes se estrellan contra los sables y las balas, mientras los otros se quedan en el cuarto de la salud mirando los toros desde la barrera.

—Quite usted allá; si eso fuera así no consentiría el gobierno que es reaccionario que se publicaran esos periódicos, ni autorizarían nuestro

«Centro Libre» anticlerical. ¡Mueran los curas...!!! Mueran los hipócritas...!!!

—¡Afuera! ¡afuera! ¡a ellos! ¡a ellos! rugió la multitud.

—Tío Lenteja, por las entrañas de Cristo, deténgase usted.

—Es que me quiero comer crudo un fraile con sotanas y bonete y todo.

—Mire usted que quien come carne de cura revienta...

El desdichado Lenteja hecho una fiera, se arrancó como llevado de un mal espíritu en dirección al convento que amenzaba la chusma; más al ir a abalanzarse garrrote en mano sobre uno de los religiosos que huían de sus asesinos, una bala atravesó su corazón. La carne de cura se le había indigestado.

* * *

Pocos días después de ocurrida esta escena una comisión de piadosos señores de lo más distinguido de la población se presentaba en mi casa a solicitar mi humilde cooperación para llevar a cabo una empresa caritativa y civilizadora: la fundación de un círculo católico de obreros. Los últimos sucesos habían alarmado los espíritus y la amenaza dirigida por las turbas a las casas de los potentados había hecho estremecer las carnes de los hombres de orden. El miedo los había puesto de acuerdo y todos habían comprendido que la causa de la barbarie popular no era otra que la descristianización de sus espíritus. Si no había Dios ni justicia eterna como se les había enseñado, la sumisión a la autoridad y el respeto a la propiedad ajena, no te-

nía razón de ser; todo ello era una farsa predicada por los curas y clericales para proteger a los burgueses y vivir a su costa. ¡Mueran, pues, los curas! ¡abajo los ricos!, he ahí el grito de la conciencia libre.

El Excmo. Sr. Barón de Aguamansa, el acaudalado banquero señor Uñalarga y el distinguido letrado don Pío Panza, personas todas respetabilísimas por su religiosidad pero de quienes los católicos de acción jamás pudieron conseguir el más pequeño auxilio en favor de sus empresas contra la impiedad me sorprendieron con la grata nueva de que estaban dispuestos a consagrar su dinero y su influencia a la defensa de nuestra santa religión, y a la moralización de la clase obrera.

—¿Qué tiempos! señores; ¡qué tiempos! exclamaba conmovido el Sr. Panza; qué prensa tan endiablada, qué libertad para la pornografía y para la predicación de las ideas más disolventes; qué alardes de impiedad y ataques a lo más sagrado; y naturalmente, si los que se la echan de más católicos no ponen mano a la obra y no procuran atajar la marcha de la impiedad, el mejor día no dejarán en pie ni una iglesia ni una fábrica y a los que disfrutamos de un mediano pasar, nos comerán crudos. (D. Pío era el principal accionista de una fábrica de harinas.)

—Pues adelante, mi señor don Pío exclamé yo; manos a la obra y usted dirá por donde comenzamos para impedir que el socialismo llegue a poner

sus pecadoras manos en las cosas santas y *per accidens* se lo coma a usted crudo.

—La cosa es clara, contestó mi interlocutor: ¿Cuál es la causa de los actuales atentados contra la religión y la propiedad que ponen espanto en los corazones? Las ideas antirreligiosas y anárquicas predicadas al pueblo en periódicos y clubs socialistas: pues fundemos nosotros periódicos y círculos católicos donde prediquemos la moral cristiana y ya tiene usted conjurada la tormenta y asegurados los intereses de la Iglesia y la sociedad.

—Magnífico; amigo mío; he ahí el remedio, hacer llegar la doctrina de Jesucristo a los cerebros oscurecidos por el error. Cuente usted conmigo y adelante. Pero esto no basta como no bastaría para acabar con una peste prestar auxilio a los atacados sino procuráramos extinguir los focos del mal. Es preciso acabar con la mala prensa; es preciso acabar con esos centros revolucionarios convertidos en cátedras de impiedad y nidos de anarquistas; y como esos centros y reuniones al aire libre viven al amparo de leyes inicuas y autoridades que los protegen, es preciso acabar con esas leyes y autoridades vendidas al diablo; y como para que haya leyes cristianas y autoridades honradas son necesarios políticos y legisladores cristianos claro está que mientras los católicos no nos lancemos al campo de la política y consigamos la implantación de un gobierno católico que barra tanta inmundicia, todo lo que se haga será inútil. Hay pues que combatir al liberalismo.

—Amigo mío, va usted demasiado lejos.

—¿Demasiado lejos? Oiga usted, oiga usted lo que ha dicho hace poco desde el púlpito un célebre predicador francés:

«De poco servirá fundar asilos u hospitales, si el legislador de mañana cae en la tentación de secularizarlos; de poco servirá levantar o dotar escuelas, si el legislador de mañana dispone que en ellas se enseñe lo que es contrario a la conciencia católica.

«Y como el legislador de mañana, si los católicos no despiertan y luchan denodada y concertadamente saldrá

del motín de hoy, el como legislador de hoy salió del motín de ayer, es evidente que hay que cambiar de táctica, es evidente que hay que dejar procedimientos anticuados y montar la vida en pié de guerra. De lo contrario, se repetirá lo que decía elocuentemente otro apóstol francés, monseñor Gaume:

«Todo lo que edifican en un año los católicos, lo destruye en un día un ministro del interior.»

»—Con que amigo don Pío, ya sabe usted que la cosa es clara y hay que ser consecuente: yo me uno a ustedes para ayudarles a la fundación de su magnífica obra y ustedes se unen a mí para ayudarme con su talento, su influencia y sus votos a echar abajo en las próximas elecciones la candidatura liberal del cacique don Tragaldabas y llevar al Congreso la voz del eminente campeón católico don Pablo Verdades, quien en unión de otros que por virtud de los esfuerzos de los buenos se espera triunfen en varios distritos, constituyan una gran palanca política en favor de la Iglesia y de los hombres de bien.

D. Pío que tenía tres pleitos gordos pendientes de sentencia y esperaba ver fallados a su favor por la presión política del cacique, palidece al sentirse medio comprometido. El Sr. Barón que esperaba de dicho cacique le concediera el gobierno la desviación de un río que dejando en seco las fincas vecinas regara las suyas se pone verde.

—Esto se llama arrimar el ascua a su sardina—me dice el Sr. Barón cariñosamente y disimulando su indignación.—Son ustedes los tradicionalistas muy aprovechaditos.

—Efectivamente, Sr. Barón todo es cuestión de *aprovechamientos*, dígame acordándome del río.

—Tenga usted presente—añadió don Pío—que cada uno se debe a sus amigos...

—No lo niego; hasta en el infierno conviene tenerlos según el refrán liberal sin duda.

—Es decir, que no cree usted a don Tragaldabas digno de los sufragios de los católicos.?

—Después de muerto si muere en el seno de la iglesia, si señor, y cuan-

tos más mejor; pero en vida y como político liberal, ni un padre nuestro, ni un voto. El Papa ha dicho que los liberales son imitadores de Lucifer y por tanto amigo don Pío, fundar por un lado círculos católicos y dar por otro nuestros votos a liberales enemigos de la Iglesia, es la contradicción más grande que cabe en la conducta humana. Querer moralizar al pueblo echándole sermones y procurar por otra parte gobiernos que protejan a los que lo corrompen es el absurdo de los absurdos.

La expresión del convencimiento se pintó en el rostro de mi interlocutor y una frase de asentimiento a mis razones fue a salir de sus labios pero... sin duda se acordó de sus pleitos y se le atragantaron las palabras.

Todavía insistí largamente para demostrar a mis buenos señores el deber que tenemos los católicos de defender a Cristo en el campo de la política que es donde hoy más se le ataca pero mis ilustres visitantes tenían sus intereses a la sombra del liberalismo y era inútil pedirles ayuda para derribar el árbol maldito.

He aquí caro lector la historia de siempre: el populacho envilecido por falta de fe que ruge contra Dios; gobiernos liberales que lo protegen y católicos de la panza que venden a Cristo por treinta dineros.

A. Clavarana Bofill

La Pastoral Colectiva de los Prelados

Una síntesis

Nos es imposible publicar íntegra la Pastoral colectiva de los Prelados bien a pesar nuestro, por su mucha extensión, pues aun haciéndolo fragmentariamente nos ocuparía varios números del periódico.

Nos limitaremos, eso sí, a recomendar con todo el interés posible su lectura; pues no creemos que haya nadie de nuestros lectores, que se prive de ella debiendo leerse y meditarse detenidamente, y a dar una síntesis que publicamos a continuación.

La Iglesia Católica ha observado una actitud contenida y paciente durante la primera etapa constituyente de la República.

Organizados ya jurídicamente los Poderes del Estado, ha llegado el momento para el Episcopado español de dar forma solemne a su actitud ante los hechos y aleccionar a los fieles.

I

Los principios y preceptos constitucionales en materia confesional inspirados en un criterio sectario representan una oposición agresiva a las mínimas exigencias de respecto a la libertad religiosa.

Se ha prescindido de la Iglesia, resolviendo unilateralmente las cuestiones, que a la misma afectan.

Se ha cometido además el error de excluirla de la vida pública y activa de la nación, de las leyes, de la educación de la juventud, de la misma sociedad doméstica.

Así se le han negado los derechos constitucionales de que goza todo ciudadano y asociación ordenada a un fin justo y honesto.

II

Frente al monopolio docente del Estado y a la descristianización de la juventud no podemos menos de ser firmes en sostener a una los derechos de la familia, la Iglesia y el poder civil en la convivencia armoniosa que exigen la razón, el sentido jurídico y el bien común. Impedir a los padres atender la educación de los hijos es violar el derecho natural, y obstaculizar o desconocer el derecho docente de la Iglesia; es atentar a su propia maternidad espiritual. Un incalificable atentado jurídico ha sido el negar a la Iglesia la potestad judicial en las causas matrimoniales. Inseparable como es el contrato nupcial del sacramento en el matrimonio cristiano, toda pretensión del legislador a regir el mismo vínculo conyugal de los bautizados, implica arrogarse el derecho de decidir si una cosa es sacramento, constituiría la ordenación de Dios, y constituye una infame invasión en la soberanía espiritual de la Iglesia.

El matrimonio civil y la legislación divorcista laica es una concepción

estatista del matrimonio. La Iglesia ha de reivindicar el reconocimiento oficial de su competencia, el acuerdo de la legislación canónica y civil y la supresión del divorcio.

Respecto a las Ordenes religiosas, no creemos que el Estado español llegue a desconocer sus excelencias, y las someta a una ley que puede ser triste recuerdo de despóticas legislaciones creadoras del llamado delito de Congregación.

III

Quien es hoy el más alto magistrado de la nación, en el noble afán de volver a la Constitución justa y conciliadora, proclamó ante el Parlamento, que no era la fórmula de la democracia ni el criterio de la libertad, ni el dictado de la justicia.

Sea, por tanto, pública y notoria la firme protesta y reprobación colectiva del Episcopado por el atentado jurídico que contra la Iglesia significa la Constitución promulgada y reste proclamado su derecho imprescriptible a una separación legislativa, por la cual claman a una la justicia violada, la dignidad de la religión ofendida y el bien general de la misma sociedad española.

IV

Nos incumbe ahora mirar al interior de la Iglesia y señalar a los fieles cuál deba ser el espíritu y el carácter de su actuación. He aquí las normas y orientaciones.

1. Intensificar la mentalidad y conciencia cristiana. Aumentar la devoción y obediencia al Papa. A este fin es necesario que se promueva el sólido conocimiento y la amplia difusión de las Encíclicas de León XIII y las de Pío XI, particularmente las que se refieren a educación de la juventud, matrimonio cristiano y restauración del mismo orden social.

2. Redoblar los fieles el celo y esfuerzo en defensa de la fe católica y al mismo tiempo de la patria. En consecuencia aportaran su leal concurso a la vida civil y pública.

3. Con aquella lealtad, que corresponde a un cristiano, los católicos españoles acatarán el poder civil en la forma con que de hecho exista y dentro de la legalidad constituida practi-

carán todos los derechos y deberes del buen ciudadano. La aceptación del régimen no implica de ningún modo —siendo la importantísima distinción entre poder constituido y legislación— la conformidad, menos aún la obediencia a dicha legislación en aquello que esté en oposición con la ley de Dios y de la Iglesia.

4. Es necesaria como fundamento de toda otra actuación la mayor intensidad de vida religiosa, personal y colectiva, dentro de los templos y fuera de ellos, en el culto interno y externo.

5.—Colaborar en las reivindicaciones escolares que constituyen punto capital del programa restaurador de la legalidad española, a base de defender los derechos de la familia en la educación de los hijos y los de la Iglesia a educar religiosamente, sin trabas, a sus fieles, para lo que conviene propugnar la justa libertad de enseñanza.

6.—Combatir la enseñanza laica, trabajar por la modificación de las leyes que la imponen y bajo ningún concepto contribuir voluntariamente a las instituciones, que en ella se inspiran o la promuevan.

7.—Para los católicos, el válido y legítimo matrimonio es sólo el canónico y sacramental celebrado «in facie Ecclesiae» y por ésta regulado. Quienes, prescindiendo del matrimonio canónico y sólo cumplidas las formalidades legales civiles, osaren vivir como cónyuges, faltarán gravísimamente a su conciencia de católicos, quedando excluidos de los actos legítimos eclesiológicos y privados de sepultura sagrada, si antes de morir no dieran señales de penitencia.

8.—Los católicos apelarán al concurso de todas las buenas energías y usarán de las vías justas y legítimas, a fin de reparar los daños ya sufridos y conjurar el mayor de todos, que sería el oscurecerse y apagarse los esplendores de la fe de los padres. A nadie es lícito quedar inactivo y se habrá de evitar la falsa prudencia y la presuntuosa temeridad. El justo medio de la recta actuación ha de ser una docilidad efectiva a la jerarquía.

9.—La Iglesia y la Religión son ajenas al partidismo político. Lo bueno y honesto de un partido político,

cualquiera que sea, debe ser aprobado y apoyado por los buenos católicos. La abstención y la oposición "a priori" son inconciliables con el amor a la Religión y a la Patria. Es un deber ineludible de los católicos la unión o por lo menos la acción práctica común.

10.—Los católicos han de abstenerse de leer la mala Prensa o de favorecer directa o indirectamente su prestigio y divulgación. Tendrán en alta estima y ayudarán con todas sus fuerzas y posibilidades a los buenos periódicos.

11.—Estas normas deberán ser observadas por todos, pero especialmente por los religiosos y sacerdotes, y cuantos con la pluma o la palabra dirigen o mueven la conciencia de los católicos en estos momentos tan delicados para la vida de la Iglesia en España.

Después de nuestra colectiva declaración, nadie puede negar con fundamento lo que cabe llamar la perfecta ortodoxia civil de los propósitos y orientaciones de la Iglesia, que no mira egoístamente sólo por Ella y por sus intereses espirituales, sino muy eficazmente aún por el bien y la prosperidad de la nación.

Han de mantenerse los católicos firmes en la fe, constantes en la caridad, perseverantes en el apostolado, recordando que la Iglesia vence el mal con el bien, que responde a la iniquidad con la justicia, al ultraje con la mansedumbre, a los malos tratos con beneficios.



SUPPLICAMOS UNA ORACION
POR EL ALMA DE

Doña Saturnina Hernández Mateo

Fallecida el día 9 de Enero en Orihuela,
madre de nuestro Director Don
Luis Almarcha Hernández.

(De el Siglo Futuro)

Lecciones de la historia contemporánea

Répasando el otro día los anuarios de la bienhechora "Lectura Popular" de Orihuela, esa simpática revista que inmortalizó el nombre de nuestro maestro insigne don Adolfo Clavarena, topé de manos a boca con el siguiente sucedido, del cual da fe nuestro católico compañero Hernán:

"En un pueblo de la provincia de Alicante (dice Hernán), pueblo industrial y muy dado al comercio, sucedió el siguiente hecho, cuyas enseñanzas son dignas de ser tenidas muy en cuenta.

Llegó aquel tiempo de las luchas, religiosas cuando imperaba el desgraciado Canalejas, en que tanto se habló del Clero y se censuró las enseñanzas de las Ordenes Religiosas, desarrollándose entre los anticlericales la fiebre de la escuela laica.

El laicismo se puso de moda; ¿para qué? (se decía) enseñar el Catecismo y o rezar?—Ciencia, mucha ciencia es lo que falta.

Los elementos patronales del pueblo á que me refiero (del cual era diputado uno de los más conspicuos canalejis'as), llenos de fervor anticlerical, se congregaron y determinaron traer y pagar de su bolsillo un maestro laico, y recomendaron a sus obreros que enviasen sus hijos a la escuela del tal maestro.

El párroco hizo esfuerzos sobre humanos en contra. Todo inútil. Los patronos querían para el pueblo ciencia, mucha ciencia.

La fe decreció; la iglesia quedó casi vacía, y la voz del párroco clamaba en desierto.

Pero ha venido el Sindicato anarquista en el que llevan la voz cantante los principales elementos obreros de la escuela laica.

Y ahora no es el párroco el que clama en desierto; son los patronos los que lloran en desierto.

La presión sindicalista no les deja vivir; temen por sus vidas y sus haciendas.

A uno de los patronos que intervi-

nieron en la formación de la escuela laica pregunté no ha mucho.

—¿Qué me cuenta usted de la escuela?

—No me hable usted de esto (me contestó); nosotros trajimos la cuerda con que nos están ahorcando ahora los obreros.

En efecto; esos patronos querían ciencia, pero ciencia sin Dios, y ahí tienen las consecuencias.

La única ciencia que han aprendido los obreros es la de la rebeldía contra los amos y contra el capital.

¡Cuán verdad son aquellas palabras de la Escritura: «De Dios nadie se burla!»

Oído y entendido, patronos del mundo entero.»

Así termina la terrible ejemplarísima relación de nuestro amigo Hernán la cual recuerda aquel famoso capítulo de una novela de Villoslada, capítulo que se intitula así: **De cómo el conde Peranzules compró la cuerda con que le tenían que ahorcar.**

Un libro entero de comentarios podría escribirse (y ahora mejor que nunca) a cuento de este sucedido y de otros mil que bien a la vista tenemos.

Maldito Liberalismo, verdadero fabricante o tejedor de ese linaje de cuerdas.

Maldito Catolicismo liberal que ha querido hacer juntas o componendas entre lo bueno y lo malo, entre Cristo y Belial, entre la Iglesia y la Revolución. Necia y maldita ceguera la de tantos católicos píos que han sido fautores o cooperadores del Liberalismo, no embargante las perpétuas esplendorosas enseñanzas que hace un siglo nos está dando el Vicario de Cristo desde la Cátedra de la Verdad en Roma contra el Liberalismo y contra el Catolicismo liberal, nieto del Protestantismo (decía León XIII en su Encíclica Inmortale), hijo del Filsofismo del siglo XVIII y padre de todos esos modernos asolamientos y desolamientos sociales que se llaman Socialismo, Comunismo, Anarquismo, Bolcheviquismo y Nihilismo.

CHAFAROTE

Imp. La Lectura Popular.—Orihuela